

**“Bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador”:
Sancho y las cartillas de instrucción áurea**

Julia Domínguez
(Iowa State University)

“Only when the full story of literacy in Castile is told can be sure of the extent to which Castile’s revolution in education was a tragically aborted social and cultural experiment”
Sara Nalle

En el capítulo 42 de la segunda parte de *Don Quijote*, el duque le ofrece a Sancho finalmente la oportunidad de gobernar la anhelada ínsula que tantas veces su caballero le había prometido. El escudero, de manera insoslayable y sin objeción, aceptará el gobierno llevado por el deseo que tiene de “probar a qué sabe el ser gobernador,” con poco más que lo que lleva puesto y muy seguro de sí mismo, según se colige de frases como “venga esa ínsula” o “vístanme como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza.” El duque ante esta última afirmación insiste en que el recién nombrado gobernador vaya vestido “parte de letrado y parte de capitán” ya que en la ínsula serán “menester las armas como las letras, y las letras como las armas.” Llama la atención la inmediata contestación de Sancho para describir su relación con las letras con las siguientes palabras: “Letras [...] pocas tengo, porque aún no sé el abecé, pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador.” La cita me parece especialmente relevante por una serie de razones que trataré de abordar y desarrollar en las páginas siguientes en torno a esta cartilla o primer libro de lectura de la época. ¿Qué le hacía realmente creer a Sancho que para ser “buen gobernador” le bastaba con “tener el *Christus* en la memoria”? ¿Por qué es tan importante para él este breve libro de iniciación a la lectura? ¿Qué función tiene el *Christus* en su formación como personaje fiel a la clase social que representa? ¿De qué manera forma parte de su escasa educación? Son varias las ocasiones en las que queda claro por boca del mismo Sancho que no recibió una educación formal, de ahí su analfabetismo, sin embargo, la mención del *Christus* revela algo más de información con respecto a su formación, convirtiéndose de este modo en el único atisbo presente en la novela que revela el proceso del aprendizaje lector en el contexto de la enseñanza e instrucción áureas. Asimismo, esta será la única vez en *Don Quijote* en la que se ponga en boca del escudero el título de lo que se consideraba la forma más elemental del libro, más concretamente la cartilla, el *Christus*. Probablemente se trate también del único libro al que tuvo acceso Sancho al ser extensamente usado en la época como instrumento de instrucción e iniciación a la lectura con una finalidad formativa y doctrinal, así como el primer papel impreso puesto en manos de los niños.

Por lo tanto, la mención de esta cartilla –como elemento fundamental en la enseñanza de la lectura– aporta datos significativos sobre la relación de Sancho con el material didáctico y la instrucción primigenia de los niños en la época de Cervantes, así como la existencia de una formación elemental con base religiosa que el escudero conoce de muy buena mano. Como se verá, el personaje es producto de ese aprendizaje catequético y encarna en la novela su importancia en el contexto pedagógico de la enseñanza y la instrucción áureas. En este artículo me propongo analizar cómo Sancho representa la primera fase del conocimiento lector, es decir, el aprendizaje elemental propio de las primeras letras estrechamente relacionado con la enseñanza de la doctrina cristiana durante los siglos XVI y XVII. Si se toma a Sancho como ejemplo o representante del primer escalón del aprendizaje de la lectura, pueden observarse los

cuatro factores coincidentes bajo los que comúnmente viene representándose dicho aprendizaje de acuerdo con una serie de parámetros, establecidos por Víctor Infantes (1998, 29), que desarrollaré en las páginas siguientes: el contexto de alfabetización hispana, el sistema pedagógico imperante, el alcance doctrinal de la formación del personaje así como el ambiente de la instrucción en una zona rural y sus causas y consecuencias durante los siglos XVI y XVII.

El hecho de que Sancho tenga “el *Christus* en la memoria” pero tenga “pocas letras” ejemplifica un aspecto más a tratar dentro de un contexto mucho más amplio en la sociedad de la época, siendo este lo difícil que fue la alfabetización en la mayor parte de la población española durante la época de los Austrias por razones económicas, geográficas e ideológicas esencialmente.¹ Richard Kagan en su extraordinario estudio sobre la educación en la España de Cervantes señala lo siguiente con respecto al proceso de alfabetización:²

Tras una expansión inicial de las escuelas y probablemente del nivel de alfabetización durante el siglo XVI, los problemas económicos y la aversión de los ricos a invertir en la educación caritativa de los pobres, fomentaron la educación privada cara, desfavoreciendo al maestro público. Simultáneamente, muchas escuelas cayeron bajo el control del clero regular. Durante esta época, parece que el progreso hacia una alfabetización masiva del país fue más lento, iniciándose un período de estancamiento educativo que se mantuvo hasta bien avanzado el siglo XVIII. (72-73)

Como se verá en las páginas que siguen el (fra)caso de la educación formativa de Sancho es una clara consecuencia del desprestigio de la figura del maestro público, lo cual favoreció que muchas escuelas, y por ende la educación a temprana edad, cayeran bajo el control de la iglesia con sus controversias doctrinales. ¿Acaso habría querido Cervantes hacer una crítica a ese sistema educativo monopolizado y controlado en gran medida por el clero?

En un libro que versa sobre libros y los efectos de su lectura no podían faltar las alusiones y referencias a los libros destinados a la instrucción áurea y a la iniciación al proceso lector. Aún así, la crítica no se ha detenido a analizar la significación que este tipo de “libros de la escuela” tiene dentro de un contexto más amplio en la novela, su relación con otros manuales de enseñanza y su uso como instrumento de adoctrinamiento pedagógico y religioso, así como su efecto en la formación del escudero.

Se ha hablado mucho sobre la educación de Sancho, o su falta de ella, pero no se ha abordado el tema desde el ámbito pedagógico y doctrinal, aquel de las cartillas, doctrinas y catecismos con los que se instruía a temprana edad que igualmente pueden aportar información sobre el personaje dentro del contexto pedagógico de la época de Cervantes en España. Los estudios dedicados a Sancho y su educación se centran más en esta última como evolución

¹ Efectivamente desde principios del siglo XVI la enseñanza va cobrando cada vez más importancia bajo lo que venía siendo una pedagogía humanista “en infinidad de pueblos se establecían estudios de latín y humanidades. La enseñanza se hizo obligatoria en muchas ciudades. Los principales organismos de enseñanza en aquella época son las universidades y sus colegios mayores, los seminarios conciliares y las preceptorías de gramática, así como las escuelas de primeras letras.” (Moreno García, 202). Y destacaron figuras importantes como Nebrija, Huarte de San Juan, Ponce de León, Pedro S. Abril y Juan Bonifacio. Algo que cambiaría drásticamente en el siglo XVII.

² Además del trabajo de Kagan, véanse los de Bartolomé, Benassar, Chaunu, Graff y Viñao. Para P. Chaunu la alfabetización de España se produjo con retraso, Kagan y Benassar observan por el contrario un auge de la alfabetización en el siglo XVI que se ve claramente disminuido en el siglo XVII hasta el siglo XVIII.

psicológica y espiritual (Douclos, García, Menéndez y Pelayo, Oelschläger) o en su falta de ella, con un énfasis en su necedad y falta de juicio acorde con el origen y génesis del personaje del escudero en la literatura y el folclore popular (Close, Hendrix, Márquez Villanueva, Molho, Urbina) pero no en los vestigios de una instrucción, aunque inevitablemente muy escasa, como parte de la formación del escudero y de sus efectos colaterales dentro del contexto de la novela. Sancho se sale de su horma como escudero y de los patrones o tipos existentes de los que parte la génesis literaria y la raíz folclórica como personaje. Del mismo modo, se ha hablado sobre la formación de Sancho a lo largo del texto, pero no de su existencia previa a su convivencia con don Quijote. Como ha destacado Antonio Barbagallo “es necesario no confundir la vida de Sancho como escudero con la vida de Sancho como persona, con su carácter, con su vida íntima e interior” (47). Si nos trasladáramos a un hipotético pasado del escudero, basado en las indicaciones que el mismo personaje aporta, cabría preguntarse qué tipo de instrucción recibió y qué tipo de contacto tuvo con las cartillas de la época, así como quién pudo haberle instruido en su uso. En las páginas que siguen indagaré en estos asuntos y en las consecuencias que tendrá en la formación del personaje.

Cartillas, doctrinas y catecismos

Los estudios dedicados a la instrucción áurea han sido hasta hace muy poco prácticamente inexistentes. A pesar de que con el paso de los años haya ido apareciendo más bibliografía con respecto al tema de la docencia en los siglos XVI y XVII, poca ha sido, sin embargo, la dedicada exclusivamente a los libros de aprendizaje e iniciación a la lectura dentro del contexto español. Este hecho es bastante sorprendente si se tiene en cuenta que este tipo de libros fue el de mayor difusión en la época, muy por encima de las novelas de caballerías, debido principalmente a su fácil impresión y rápida distribución como se verá en detalle más adelante. El hecho de que Sancho tuviera el “*Christus* en la memoria” quiso decir que lo conocía, lo que ratifica efectivamente que “toda la población española tuvo alguna vez en sus manos una cartilla y en estas humildes ediciones conoció las primeras nociones de lectura y de la religión, pero no podemos olvidar que también por primera vez tocó un libro impreso” (Infantes 1995, 41). Los destinatarios de este tipo de textos, como así lo ejemplifican la mayor parte de las portadas, eran niños de distintas edades y de diversas clases sociales que aprendían a leer en los espacios comúnmente asignados para el aprendizaje como eran la escuela o la parroquia.³

Según el *Diccionario de Autoridades*, la cartilla era lo que viene significando hoy en día “quadernito impresso en que están las letras y los primeros rudimentos para aprender a leer.”⁴ Hablar de cartillas en la época de Cervantes supone hablar de uno de los grupos más extensos de publicaciones existentes en aquel momento. La popularidad alcanzada por este tipo de libros, tal y como lo ilustra el hecho de que hasta el mismo Sancho conociese el *Christus*, se ejemplifica en la idea de que a partir del siglo XVI su publicación se vio incrementada considerablemente:

³ Las clases sociales más altas contaban con títulos más específicos, e incluso más refinados como la *Cartilla menor para enseñar a leer en romance* (1564) de Juan de Robles o *Arte para aprender a leer* (1532) de Bernabé del Busto dirigida al príncipe Felipe II (Infantes 1995, 41).

⁴ La definición encontrada en el diccionario de la Real Academia Española es prácticamente la misma ya que el nombre de cartilla (procedente del diminutivo de “carta”) viene a significar “un cuaderno pequeño impreso, que contiene las letras del alfabeto y los primeros rudimentos para aprender a leer.”

El arte de aprender a leer y escribir en lengua vernácula, a realizar cálculos aritméticos simples y a recitar partes del catecismo y algunas oraciones sencillas, eras las primeras responsabilidades con que se enfrentaban muchos niños al cumplir seis o siete años. A principios del siglo XVI, se disponía para este fin de cartillas de abecedario, gramáticas españolas y cuadernos de lectura, que comenzaron a ser publicados en número creciente. (Kagan, 51)

A este respecto, Antonio Rodríguez Moñino en su *Diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (s. XVI)* hace alusión a los millones de cartillas existentes durante el siglo XVI en contraste con el escaso número de ellas que hoy en día subsisten: “las cartillas para aprender a leer y los compendios de la doctrina cristiana que, impresos a millones durante el siglo XVI, pueden contarse con los dedos de la mano los que sobreviven” (20). El hecho de que la mayoría de ellas no hayan sobrevivido y de que el número de cartillas existentes en la actualidad sea muy escaso se debe al frecuente uso familiar y catequético que se hacía de ellas, lo cual afectaba considerablemente su durabilidad. Efectivamente, como lo atestiguan los trabajos de Infantes y Viñao, hubo 54.250.600 cartillas vendidas entre los años 1588 y 1781, lo que equivalía a una media anual de 281.091 cartillas durante 193 años (Viñao 1997, 175). Solamente entre los años 1588-1600 las cartillas vendidas por la Catedral de Valladolid, que poseía el monopolio de su comercialización, suman un total de 1.777.914, lo que equivale a 711.165 por año.⁵

Además del abundante número de este tipo de libros hay que hablar de la heterogeneidad que los caracteriza, de ahí que resulte difícil definir y delimitar nítidamente todas sus características y contenidos. La extraordinaria labor de documentación y clasificación de este tipo de textos llevada a cabo por Víctor Infantes ha ayudado considerablemente a la hora de delimitar el conjunto de todos ellos en tres categorías (si bien es cierto que son muchas las ocasiones en que las características de uno y otro grupo se solapan): cartillas, doctrinas y catecismos y/o doctrinas cristianas y que a su vez se correspondían con las edades y las distintas fases dentro del aprendizaje lector.⁶ Así pues, en el primer peldaño se encontraban las célebres cartillas, cuyo único objetivo era la enseñanza lectora, destinadas principalmente a las edades de entre tres y cinco años. En ellas se incluían el abecedario, el silabario y alguna que otra noción gramatical junto con las pautas de escritura necesarias en la iniciación del proceso de alfabetización (Infantes 1998, 36). El segundo grupo lo formaban las doctrinas que Luis Resines define como “cartillas de la doctrina cristiana” (45-47). Se trataba de escritos catequéticos procedentes de la tradición medieval que incluían las principales oraciones. A veces se incluían en este tipo de cartillas la tabla de multiplicar y el alfabeto como primer paso del aprendizaje de la lectura. Por último, en el tercer grupo figuraban aquellas doctrinas cristianas que exigían ya saber leer y estaban destinadas principalmente a niños que habían superado el primer nivel de iniciación a la lectura. Dentro de esta última categoría existían dos grupos claramente diferenciados, los catecismos y aquellas que aparecen bajo la forma de cartilla o doctrina. Como

⁵ Como ha señalado Moll, una misma prensa podía en un año imprimir centenares de miles de cartillas: “Compuestos los moldes, que se utilizaban durante largo tiempo, hasta que los tipos se gastaban, era fácil de imprimir, sin complicada manipulación posterior, sin forzosa necesidad de encuadernación -aunque podía venderse cosida y con cubiertas- todo ello facilitaba su distribución y manejo” (78). Frente a esta cantidad, Infantes destaca el escaso número de ellas hoy en día en el estudio preliminar de la memoria de su investigación (1998, 13-16).

⁶ Para más información sobre la clasificación de estos tres tipos de libros, véase Infantes 1998, 35-45.

ha señalado Jaime Moll, una vez superada la primera fase del aprendizaje lector, la práctica posterior de la lectura se hacía más variada y comenzaban a usarse “entre otros elementos los pliegos sueltos poéticos, principalmente de romances, con lo que se enlazaba la alfabetización y el aprendizaje de aspectos vividos por el niño” (77). Existían además otros manuales de formación, como eran los de “urbanidad” o “de buenas maneras” entre los que se encontraban el *De liberis educandis libelos* de Antonio de Nebrija, la *Institución y guía de la juventud Christiana*, o el *Scholástico* de Cristobal de Villalón. Sin dejar a un lado, los manuales para la educación de príncipes y la nobleza (Infantes 1998, 46-47). Además de dichas cartillas, doctrinas y catecismos existían otro tipo de herramientas y artefactos pedagógicos como las ruedas, cartelas, cartelones y juegos de tipo didáctico que facilitaban el aprendizaje de diversas materias. Sirvan de ejemplo las ruedas creadas por Pedro de Guevara para que las infantas Isabel y Catalina de Austria aprendieran gramática en su *Nueva invención en seis instrumentos, intitulada juego y ejercicio de letras de las Serenissimas Infantas Doña Isabel y Doña Catalina de Austria, con el qual en muy breve tiempo se aprenderá de todo el artificio y estilo de las gramáticas impressas* (1577).

El *Christus* al que se refiere Sancho era un tipo de cartilla con características propias del primer y segundo grupos mencionados con anterioridad. No es coincidencia probablemente que en una obra de Lope de Vega, *San Diego de Alcalá* (1613), el lector encuentre una cita bastante similar a la de Sancho lo que revela a la par esa misma finalidad pedagógica y adoctrinadora del *Christus*. En dicha cita, el personaje que da título a la obra confiesa: “Nunca el *Christus* aprendí... / Miento, que del A, B, C. / Solamente el *Christus* sé/ Y ése en el alma imprimí” (87). Ante estas palabras su interlocutor, Portero, le da toda una lección sobre cómo deletrear la palabra *Christus*, lección a la que, por otro lado, el público probablemente estaba ya acostumbrado y sabía reconocer con facilidad gracias a la popularidad de esta cartilla:

CHRISTVS, si le deletrea, / Hallará una C, en que crea, / Y una H para aspirar, / I para mostrarse indino, / S para ser un santo, / y una T que gane tanto,, / que de humano sea divino, / porque aqueda T es el todo; / Y así, a Dios llamaron Teos, / Fin de todos los deseos; y T que es modelo y modo/ De la cruz que ha de llevar, / porque le muestra en dos brazos, / Cómo le ha de dar abrazos, / Y nunca le ha de dejar. / La V le muestra que vino/ A ser de Cristo a esta casa;/ /La S final, que pasa/ A otro ser, que ser divino. / Esto es Christus: deletree/ Allá dentro esta lición;/ Que, sabida a su afición, / No tiene más que desee. (88)

La lección de Portero hace referencia al título con el que comúnmente se conocía este tipo de cartilla, así como también a la figura de Cristo y quizás también al cristograma (el monograma que combinaba las letras que formaban la abreviación del nombre de Jesucristo) que en algunas ocasiones se incluía en la portada o en la primera página de dichos libros y que, incluso aquellos que no sabían leer, reconocían con inmediata facilidad.

Efectivamente, ambas referencias apuntan a que el *Christus* constituía lo que Infantes denomina “el primer peldaño del conocimiento lector” puesto que mediante las obras de este grupo se constituía “el aprendizaje elemental de las primeras letras y el adoctrinamiento de los contenidos elementales de la doctrina cristiana” (Infantes 1998, 36). La cartilla del *Christus* se convirtió de este modo en el primer libro de escolarización por excelencia y fue extensamente utilizado por la Iglesia para enseñar e inculcar la doctrina cristiana. Tal y como ha indicado

Antonio Viñao su producción y uso en la época se expandió por otros territorios de Occidente bajo otras denominaciones aparte de la de *Christus* como *ABC*, *Alfabeto*, la *Croix de per Dieu*, *beceroles*, *fidel* o *Santa Croce* (1997, 154). A pesar de las varias denominaciones, su configuración venía siendo la misma en la mayoría de los casos “un pliego de papel, doblado tres veces, con lo que resulta un cuaderno en octavo, con ocho hojas o sea dieciséis páginas, fácil de imprimir” (Moll, 78). Conjuntamente entre sus componentes más notables destacaban: 1) un abecedario elemental con un silabario, 2) un conjunto de oraciones y nociones de la doctrina cristiana, y 3) otras tantas variaciones como “ampliaciones gramaticales, nociones del lenguaje escrito, recitativos memorísticos de oraciones, diálogos sobre la doctrina, inclusiones de textos educativos (Catón, Salomón, Pitágoras, etc) y religiosos (sacramentos, virtudes, etc.)” (Infantes 1995, 41).

Tanto los silabarios como las doctrinas y catecismos estaban claramente destinados a un comercio editorial basado en “la necesidad de leer o de escuchar una lectura” (Viñao 1997, 149). Esta necesidad hizo que su comercialización y distribución se convirtiese en objeto de monopolios en el territorio de la corona. Como consecuencia, una pragmática de los Reyes Católicos en 1502 y otra de Felipe II en 1558 exigieron que se indicara el precio y el privilegio por el que se debía regular la comercialización y distribución de este tipo de material (Viñao 1997, 50). Al no existir una política del libro escolar hasta 1763 (Viñao 1997, 50), el privilegio e impresión para la enseñanza de las primeras letras habían sido siempre puestas en manos de la Iglesia. Así fue hasta que finalmente Felipe II concedió el privilegio de impresión al Prior y Cabildo de la Iglesia Colegial de Valladolid en 1583 para “hacer imprimir y vender las cartillas en que los niños dependen a leer en estos nuestros Reynos [de Castilla]”⁷ y obtener de este modo los beneficios necesarios para la construcción de la catedral vallisoletana en manos del conocido arquitecto Juan de Herrera (Moll, 78).

Como resultado del privilegio concedido por la corona la Catedral de Valladolid se estableció un modelo único de cartilla con una fuerte dosis de adoctrinamiento como era de esperar:⁸

un abecedario elemental, un silabario más o menos desarrollado, las oraciones fundamentales -el persignarse, el padrenuestro y el avemaría silabeados, junto con el credo-, los mandamientos y sacramentos, el yo pecador, los artículos de fe, las obras de misericordia, los pecados capitales con sus opuestas virtudes, las potencias del alma, los sentidos corporales, las virtudes teologales y cardinales, el orden para ayudar a misa, en latín por supuesto, y una tabla de multiplicar (Viñao 1997, 154).

De este modo la cartilla reglamentada por la Catedral de Valladolid se convertiría en el modelo a seguir en la configuración de este tipo de textos en España durante los siglos XVI y XVII.⁹

Metodología de la cartilla

⁷ El monopolio de la Catedral de Valladolid solamente se implantó en el reino de Castilla así por ejemplo en el reino de Navarra existían otras.

⁸ La implantación del modelo seguido culmina en 1583 con la cartilla de Valladolid que “consagra un modelo, suma y reducción de los varios existentes a lo largo de 200 años” (Infantes 1998, 38).

⁹ El hecho de que Cervantes residiera en Valladolid en dos ocasiones probablemente favoreció que conociera las cartillas de primera mano dada su popularidad en la ciudad.

La metodología, disposición y orden a seguir de la cartilla explicarían de qué manera Sancho había llegado a memorizar el *Christus* sin tener un conocimiento previo de las letras. Este hecho resulta particularmente interesante con respecto al aprendizaje y memorización de la cartilla llevados a cabo por el personaje. Por un lado, es evidente que el escudero no sabía leer ni escribir como lo demuestra la insistencia con la que él mismo lo dice una y otra vez a lo largo de la novela con frases como “Ni sé leer ni escribir,” “No sé la primera letra del abecé,” o “Letras, pocas tengo porque aún no sé el abecé y así hasta en diez ocasiones (I, 10; I, 10, I, 26; I, 31; II, 36; II, 42; II, 43; II, 43; II, 45; II, 51). Y hasta el mismo Cervantes, como nos recuerda Maxime Chevalier, “tampoco se olvida de la ignorancia de su personaje” (67). De igual forma, el analfabetismo del escudero tiene su fundamento en la ausencia de una formación académica puesta una vez más en boca del personaje: “No me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añadido o quito alguna letra a mis vocablos” (II, 19). Su falta de instrucción aparece igualmente corroborada en sus intervenciones en las que se advierte un léxico muy limitado, la construcción de falsas etimologías –“sobajada” por “soberana” (I, 26); “puto y gafo, [...] meón, o meo” por “cómputo del cosmógrafo Ptolomeo” (II, 29)– y un desconocimiento del latín y otras lenguas –“No entiendo otra lengua que la mía” (II, 2)– así como de la gramática –“con la grama bien me avendría yo pero con la tica, ni me tiro ni me pago porque no la entiendo (II, 3).¹⁰

No obstante, es evidente por boca del mismo personaje también que, a pesar del hecho de no saber leer ni escribir, sí que tenía memorizado el *Christus* y como tal lo reconocía.¹¹ Con respecto al elemental aprendizaje lector de Sancho conviene señalar que no siempre se hacía imprescindible saber antes las letras del abecedario, lo que explicaría el hecho de que el escudero conociese el *Christus* y lo tuviese memorizado sin un conocimiento previo de las letras, “del abecé,” y el silabario que normalmente acompañaban los elementos doctrinales. De aquí se deduce otro importante aspecto a la hora de caracterizar el aprendizaje de Sancho y es que la memorización de la doctrina, el componente esencial del *Christus*, “antecedió a la enseñanza del abecedario” (Infantes 1998, 38). En este sentido, un testimonio de la segunda mitad del siglo XV arroja luz sobre el sistema de enseñanza de las primeras letras y corrobora efectivamente que el Abecedario y el Silabario se aprendían tras enseñar la señal de la cruz y los mandamientos hasta el punto de que en las primeras ediciones no se incluyeran ni el abecedario ni el silabario y se le concediera preferencia exclusivamente a los elementos doctrinales:

Ite[m] nota el o[r]de[n] q[ue] has de tene[r] en enseñar a ler. Lo p[r]imero enséñale la señal dela cruz e los.x. ma[n]dami[en]tos en romance [e] demostrarle todas las p[r]eguntas p[ar]a en defensio[n] de la gente pagana o hebrea. Lo segundo, IIII or[ac]iones do[min]icales: aue m[ar]ía, p[ater] n[oste]r, credo, salve regina uulgarmentee, porque todo fiel [christ]iano, siete años pasados, es obligado, e otras cosas q[ue] de necesidad como a u[er]dadero [christ]iano ocurrir pueden. Lo t[er]cero, el a. b. c., conoscer las letras ansí vocales como [con]sonantes, e juntar, e por sill[ab]as deletrear, s[cilicet]: ba, be, bi, bo, bu; e las IIII or[aciones] sobredichas en latino. (Citado en Infantes 1998, 26)

Los elementos doctrinales son más que obvios y en el orden seguido dentro del método se

¹⁰ Véase el estudio de Pilar Berrio Martín-Retortillo.

¹¹ Por lo que se deduce que “las técnicas pedagógicas eran las mismas usadas ya desde siglos en la enseñanza: memorización, repetición y repasos interminables, ejercitación y copia permanentes” (Kagan 51-52).

demuestra el mismo procedimiento por el que Sancho ha aprendido la doctrina antes que las letras. Particularmente la frase “y todas las preguntas para en defensa de la gente pagana o hebrea” claramente esconde tras sí un intento de adoctrinamiento del que se hacían eco en su mayoría este tipo de textos destinados a los más jóvenes. Al referirse a las cartillas de la catedral de Valladolid, Resines destaca la fuerte carga adoctrinadora de estos textos ejemplificada en la novela en la persona de Sancho: “Estas eran, en principio, instrumentos muy sencillos de alfabetización, de manera que con poco gasto, y no excesiva dificultad [...] pudieran facilitar el acceso a la lectura” (69) sin embargo, dado que la formación humana y religiosa solían ir de la mano, “la propuesta contenida en las cartillas, no se queda reducida únicamente al aprendizaje de la lectura, sino al conocimiento de la doctrina cristiana” (69).

Pero vayamos por partes. Todo hace pensar que, ante su obvio analfabetismo, a Sancho se le leyó y explicó en voz alta el catecismo, que lo sabía de memoria y que, fue así como aprendió las bases de la doctrina de la iglesia presente en las páginas del *Christus*. A este respecto, Viñao ha señalado como el texto modelado por la Catedral de Valladolid fue principalmente diseñado “no tanto para leer cuando *para reconocer a partir de una previa repetición y memorización orales*; un texto familiar y ya al menos oído” (énfasis mío, 1997, 154). De hecho, el papel de la memoria en el proceso de aprendizaje del escudero no pasa desapercibido en la novela gracias a los muchos casos en los que se alaba su excelente capacidad de memorización, ya por boca de él mismo o de otros personajes, como, por ejemplo, cuando don Quijote le dice “A fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla” (II, 3) o el duque antes de la partida del escudero a la ínsula “con tan buena memoria no podrá errar Sancho en nada” (II, 42).

Ahora bien, la buena memoria de Sancho es únicamente atribuible a lo que ve y oye, es decir, a la memorización visual y oral. En este sentido, coincido con Morón Arroyo cuando este afirma que todo lo que Sancho sabe, lo sabe porque lo ha oído, por “la capacidad de asimilación que viene por el oído” (341) en una cultura que continúa siendo eminentemente oral, como lo han demostrado los ya clásicos estudios de Paul Zumthor y Walter Ong. La presencia de lo oral en *Don Quijote* ha sido igualmente puesta de manifiesto por críticos como Fernando Bouza, Margit Frenk, Michel Moner o Francisco Ramírez Santacruz, entre otros y, como recuerda Morón Arroyo a este respecto, “es imposible citar todos los pasos en los que se documenta la función caracterizadora del verbo oír” (342) a lo largo de la novela y especialmente en el caso de Sancho: “Derivado, tal vez, de su calidad de semianalfabeta es probable que no haya en todo el *Quijote* un personaje que ponga mayor énfasis en el sentido del oído” (Ramírez Santacruz, 291). Así, por ejemplo, todas sus citas, refranes, romances, frases y sentencias no vienen de la lectura directa, sino de lo oído, como venía siendo la norma habitual en una cultura predominantemente oral. Todo ello, como ha señalado Berrio Martín-Retortillo revela la procedencia de la sabiduría de Sancho: la historia sagrada, los romances y, como no, las primeras letras. Sus cuentos, acertijos y adivinanzas proceden de una cultura popular que “se alimentaba de unas pocas y elementales fuentes escritas; la Biblia y otros libros religiosos, generalmente usados en sermones, romances, etc., y de la transmisión oral de leyendas, narraciones, dichos y refranes” todos ellos oídos siempre por el escudero de la boca de otros. En este sentido el “boca a oído” se convirtió de manera especial en un modo frecuente de alfabetización en la época de Cervantes (Bartolomé Martínez, 36). De hecho, el escudero constantemente hace referencia una y otra vez a

este hecho, no habla “de mí” como él mismo confiesa sino de lo que ha oído decir a sus “mayores” y en particular al “padre predicador” del pueblo al que Sancho se refiere una y otra vez y de cuya labor catequizadora parece que proceden algunas de las ideas del escudero. La misma etimología del verbo catequizar procedente del griego *katejein* (resonar, instruir de viva voz) acentúa “la enseñanza oral sobre un texto escrito” (Bartolomé Martínez, 39). Según se colige, sus palabras y acciones se forjan en torno a lo que oye y a lo que tiene memorizado y aquí es donde entra en juego la figura del cura del lugar y su función en la adhesión a los rituales de la fe católica de Sancho a través de la enseñanza de las primeras letras en el *Christus*.

Los maestros de primeras letras

Efectivamente, la mención del *Christus*, la aparente metodología seguida en el aprendizaje, las referencias al proceso de memorización, así como las constantes alusiones a la adhesión a la doctrina católica parecen apuntar a que Sancho no aprendió la cartilla de la figura del maestro, como se esperaría, ni mucho menos en la escuela. De hecho, no existe una sola mención ni aparición de un personaje que encarne tal profesión en la novela. Esto es algo que llama particularmente la atención si se tiene en cuenta que a pesar de los muchos oficios y profesiones de la época que figuran en el texto, la profesión del maestro brilla por su ausencia, no solamente ya en forma de personaje, sino también como simple alusión a la profesión. Esta ausencia podría ser un claro reflejo de la no menos alentadora situación en la España de la época en general, y más concretamente en las zonas rurales. Efectivamente como ha señalado Kagan, en la mayor parte de las ciudades existían “maestros de primeras letras” –aunque no muchos y no siempre de muy buena calidad– dedicados a la enseñanza en escuelas, pero no en las zonas rurales (53). De hecho, era tan precaria la situación de la educación en tiempos de Cervantes que ni siquiera en una ciudad como Madrid parecían existir maestros de calidad. Prueba de ello es el testimonio del autor de *Nueva arte, donde se destierran las ignorancias que hasta hoy ha habido en enseñar a escribir* (1616-1631), Juan Díaz Morante. Nombrado por Felipe II “maestro examinador” para “inspeccionar las credenciales de todos los maestros de Madrid” se quejaba de la falta de maestros cualificados en la capital y en el resto del territorio de la corona porque “no hay seis maestros en toda Castilla Vieja y Nueva ni en toda España que sepan el Arte [de las letras] para haber de suficientes examinadores” (énfasis mío, citado en Kagan, 58). La falta de profesional preparado hizo que, en buena medida, la educación en la España de la época quedase estrictamente limitada a las escuelas privadas y religiosas, únicos lugares donde podían mantenerse a maestros de calidad (Kagan 60). El número de escuelas en los pueblos era también escaso y en aquellas localidades donde había un maestro o un párroco dedicado a la enseñanza, la calidad de esta era, salvo en muy contadas ocasiones, bastante baja. Consecuentemente, aldeas como la de don Quijote y Sancho raras veces contaban con un maestro que impartiera clases con la excepción, como se verá, del cura del pueblo en cuyas manos se dejaba la labor de tan precaria instrucción. El lector de la novela encuentra una referencia de la situación descrita cuando Sancho se prepara para llevarle a Dulcinea la carta escrita por don Quijote que a su vez justifica las quejas de Díaz Morante aludidas con anterioridad:

ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles o en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria

dónde será bien, y aún más que bien, escribilla, que es en el librito de memoria que fue de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, *en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos*, o, si no, cualquiera sacristán te la trasladará; (énfasis mío, I, 25)

Cuando don Quijote le pide al escudero que busque un lugar donde “haya maestro de escuela de muchachos, o si no, cualquier sacristán” indica por un lado que encontrar maestros en las aldeas de la Mancha no era tarea fácil y, en segundo lugar, el hecho de que se buscara para tal propósito a un *maestro* o a un *sacristán* ilustra que efectivamente ambas figuras eran las únicas destinadas a la enseñanza de letras en la época. La cita corrobora, asimismo, la idea de que no hubiera abundantes maestros cualificados ni de que estos existiesen en gran número en las zonas rurales.

Inevitablemente la ausencia de maestros en estas zonas afectó de manera negativa el acceso de los sectores sociales más bajos a una educación de calidad, así como a la selección de los materiales didácticos y rudimentos destinados para ello. Dicho lo cual, no es de extrañar que el número de personas que, como Sancho, no sabían leer ni escribir fuese infinitamente superior en las zonas rurales que en las urbanas. Esto explica que el analfabetismo en aldeas como la del escudero constituyese la regla general tal y como lo ilustran los patrones llevados a cabo durante el reinado de Felipe II para tal propósito. Tal es el caso de Serranillo, una pequeña localidad de Ciudad Real, donde el escribano que llevaba a cabo la labor de documentación y recopilación de datos para el padrón señalaba el analfabetismo hasta de los regidores del pueblo: “Doy fe que por no haber en el dicho lugar quien supiese firmar por los alcaldes, ni ellos saberlo tampoco, no se firmó” (citado en Kagan, 67).

El aprendizaje elemental de Sancho y la instrucción católica

Tal y como lo ratifican la cita anterior y los estudios dedicados a la enseñanza en las zonas rurales en la época de Cervantes, la situación provocó un vacío que sería aprovechado por la iglesia, representada dentro de la novela en la figura del cura quien ineludiblemente ejercería una gran influencia desde el púlpito y fuera de él en mentes como la de Sancho. En una sociedad obsesionada por mantener la ortodoxia había que empezar desde el principio, o sea, reglamentando la enseñanza de las primeras letras. Con respecto a la reglamentación del uso y distribución del material didáctico entre los que se encontraban las cartillas, de especial importancia para nuestro argumento es la ordenanza por la que los maestros de primeras letras, cuando los hubiera, se mantuvieran "al margen de todo control y reglamentación externos" (Kagan, 54) y dejaran la labor en manos de los representantes del clero para tal efecto; ello se debía especialmente a que se temía que la lectura de los textos destinados al adoctrinamiento, como consecuencia de su masiva proliferación y rápida distribución con la llegada de la imprenta, condujese a interpretaciones individuales. Se temía igualmente que las herejías procedentes del extranjero a través de panfletos y libros tentasen a las masas. Como consecuencia, “*la Iglesia española adoptó las medidas pertinentes para llegar a controlar la enseñanza de las primeras letras*” (énfasis mío, Kagan, 54). Hasta tal punto que hubo párrocos y clérigos que enseñaban en sus casas, aunque no todos ellos fueran muy diligentes: “la mayoría no tenía vocación ni la capacidad para enseñar a sus jóvenes parroquianos otra cosa que no fuera repetir el catecismo y entender partes del ritual cristiano” (Kagan 67). Como Infantes ha destacado bastaba tan solo con “reparar los tratados doctrinales, los epistolarios, los manuales de

formación y educación, etc. para certificar sin ninguna duda la *insistencia de este aprendizaje elemental que relaciona la capacidad de leer con la instrucción católica*” (énfasis mío, Infantes 1998, 39 n.117). Así por ejemplo en el memorial presentado a Felipe II *Sobre algunos vicios introducidos en la lengua castellana, y medios tomados por su reforma, examinando a los Maestros de primeras letras del lenguaje castellano y su escritura* (1587), un texto de carácter burocrático y legal, se describían las características y constitución que debían tener las cartillas y doctrinas para uniformizar la enseñanza de las primeras letras.

Efectivamente, es un hecho probado que ya desde el siglo XI existiese, a través de las disposiciones de Concilios y Sínodos, un interés por parte de las autoridades eclesiásticas para instruir al pueblo principalmente en la enseñanza de las oraciones cristianas y en otras partes de la doctrina.¹² Así, por ejemplo, en el Sínodo de Alcalá de Henares (1480) se disponía que “todas las iglesias parroquiales donde haya cura, tenga éste consigo otra persona honesta, que sepa leer y pueda y quiera enseñar a leer, escribir y cantar a cualquier persona” (Sánchez Herrero, citado en Infantes 1998, 19). Asimismo, destacó el mandato ordenado por la diócesis de Sevilla en 1512 por el que se obligaba a los párrocos y sacristanes la enseñanza de las primeras letras entre otras medidas adoptadas por la Iglesia como la exclusión de los conversos de la profesión:

Otras diócesis nombraron “visitadores” que examinaban a los “maestros de primeras letras” en su ortodoxia religiosa. Estas medidas solamente alcanzaron éxitos limitados, pero preocupaciones similares llevaron al decreto real de 1573 por el cual quedaban excluidos de la profesión de enseñante los ‘conversos’, así como aquellos individuos cuyos antepasados habían sido condenados por la Inquisición. Además, se nombraron instructores municipales cuya misión era investigar ‘en qué libros leen, y si son verdaderos o no, y si son los tales aptos para dicho arte, y si son examinados. (Kagan, 54)

Es evidente la insistencia de la iglesia en la instrucción y difusión de la Doctrina Cristiana siendo Sancho representante perfecto de lo que estaba pasando en la España de la época. Sancho representa lo que Infantes ha descrito como “la íntima relación entre el aprendizaje de la lectura y la asimilación de la doctrina cristiana como actividad básica del inicio del conocimiento” en la época de Cervantes (1998, 38). Ante la carencia de la figura del maestro, para la que como se ha visto no existen referencias en el texto, es obvio que la enseñanza de las primeras letras junto con las primeras nociones doctrinales y morales cayera en manos del cura del lugar a quien Sancho refiere una y otra vez como voz de autoridad para justificar sus acciones:

“He oído predicar al cura de nuestro lugar” (I, 20); “Todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo” (II, 5); “Por estas mismas razones lo dijo el padre” (II, 5); “Según nos lo dicen por esos púlpitos” (II, 7); “A nuestro cura he oído decir” (II, 20); “Sancho había oído contar otro caso como aquél al cura de su lugar” (II, 45); “He oído decir al cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en [agüeros]” (II, 73).

La más que obvia influencia del cura de su lugar y el efecto de sus sermones desde el púlpito son claro reflejo de la insistencia con la que la Iglesia enfatizaba la enseñanza de la doctrina cristiana

¹² Infantes 1998, 17. Según establece Sánchez Herrero en el concilio de Coyanza de León (1055), ya se establecía que se enseñara a los niños la Oración Dominical y que se aprendiese de memoria “*memoriter teneant*” (Infantes 1998, 18).

con la ayuda de la difusión que la imprenta (las cartillas y doctrinas) y la transmisión oral (desde el púlpito) proporcionaban. Es indudable la influencia del cura en las enseñanzas de Sancho a las que, como se ha visto, alude en más de una ocasión y a quien parece tener en alta estima, como voz de autoridad en la formación religiosa de Sancho en la novela. Efectivamente, como Robert Ricard ha indicado en su estudio sobre los vestigios de la predicación en el Quijote y su influencia en la figura de Sancho:¹³

Los sermones de aquel entonces podían enseñar a un oyente analfabeto pero concienzudo y dócil como él. Porque en la ficción del relato, ¿de dónde pudo Sancho haber aprendido todo eso sino en la iglesia de su aldea, escuchando a un párroco por lo demás excepcionalmente culto? Es preciso no olvidar en este sentido que los *exempla*, las similitudes y las comparaciones formaban parte del arsenal de los predicadores, según lo atestiguan los tratados de elocuencia religiosa. (267-268)

Así pues, y en consonancia con el amplio repertorio del cura, muchas de las afirmaciones del escudero no parecen sino adaptaciones de las fórmulas seguidas en las oraciones y plegarias encontradas en este tipo de escritos procedentes en su mayoría de los catecismos y otros libros de "primeras letras" con las que el clero adoctrinaba a sus adeptos feligreses:

"Yo...querría amar y servir [a Nuestro Señor] por lo que pudiese" (I, 31); "Creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree en la santa Iglesia Católica Romana" (II, 8); "Puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió a Dios con una larga y devota plegaria" (II, 29); "[Sancho pidió] que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías" (II, 41).

Sin embargo, tras la mención del *Christus* subyacen otras ideas pertinentes a la labor adoctrinadora de la iglesia. Es muy probable que, como venía siendo lo habitual, Sancho hubiese tenido conocimiento del *Christus* a edad temprana. La referencia al *Christus* es, por lo tanto, referencia a ese aprendizaje catequético al que probablemente siendo todavía un niño se vio sometido Sancho y que se prolongó posteriormente a lo largo de su vida con las enseñanzas catequéticas del cura y los sermones con una fuerte dosis doctrinal. Como parte de la asimilación a la doctrina cristiana tiene perfecto sentido que se considerase a los niños un sector de la población especialmente vulnerable a la propaganda religiosa, de ahí la creencia de que lo implantado en ellos desde edad muy temprana no solo era de suma importancia sino también igualmente imborrable (Kagan 54). La enseñanza moral y religiosa debía por tanto iniciarse cuanto antes lo que explica que los gobernantes del siglo XVI hicieran tanto hincapié en el valor y eficacia de la enseñanza de las primeras letras básicas: moldeaba al cristiano y al ciudadano para toda la vida. Diego Bretón de Simancas, un notable jurista de la época, lo expresaba de la siguiente manera, "una de las funciones más importantes del Estado debe ser velar por que los niños y los jóvenes sean correctamente educados y perfectamente enseñados, puesto que los individuos mal formados cuando niños se convierten al crecer en los peores enemigos de la patria" (citado en Kagan 54). La ortodoxia religiosa se debía mantener y entre sus instrumentos se encontraba el control de la lectura, especialmente la de la literatura subversiva, y qué mejor manera que hacerlo ya en los primeros escalones dentro del proceso de formación. El control de

¹³ Ricard apunta además a la posible influencia de predicadores ambulantes que acostumbraban a predicar por Cuaresma por los pueblos (272).

dicho proceso y su correcta aplicación estaban en manos de dos importantes instituciones de la época, los concejos y la Inquisición: “aquéllos se ocupaban de buscar maestros y escuelas, o al menos los vigilaban; ésta, mediante la censura, mantenía apartado el ‘veneno’” (Kagan 66).

Este tipo de escritos catequéticos específicamente los catecismos sentaban firmemente las bases de la doctrina como forma de vida desde edad muy temprana y por ello se limitaban a la mera exposición de la fe cristiana sirviendo a su vez de “cómodo refugio en la condición de ‘cristianos viejos’, magnífico pretexto para la más cerril ignorancia so capa de entroncar en la fe antañona de sus mayores” (Resines, 63-64). En este sentido, el uso del *Christus* está estrechamente vinculado a la condición de cristiano viejo de la que Sancho hace alarde una y otra vez en el texto, repetida de forma sistemática, siguiendo casi el formato del catecismo a través de la memorización y la repetición: “Yo, cristiano viejo soy” (I, 21); “Soy cristiano viejo” (I, 47); “Si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habían de oír sordos” (II, 3). Su condición de cristiano viejo es uno de los aspectos de los que, por consabidas razones sociales y religiosas, más orgulloso se siente el escudero. Ineludiblemente se trata de uno de los pilares de su condición espiritual, como ya dijo A. Redondo, pero no hay duda de que la enseñanza de los dogmas como “cómodo refugio” de su condición de cristiano viejo era fruto también del miedo de la Iglesia a la herejía contra la que “la alfabetización aparecía como un medio excelente para enseñar al pueblo los dogmas fundamentales de la fe” (Kagan, 62).

La (an)alfabetización de Sancho

Cabe a raíz de todo lo dicho hacerse la siguiente pregunta, ¿sería Sancho ejemplo de una (an)alfabetización interesada de un amplio sector de la población como forma de control? ¿Formaría parte acaso de una agenda pedagógica a la que no le interesaba la alfabetización de ciertos sectores de la sociedad? Creo que más que de analfabetismo habría que hablar de un proceso de (an)alfabetización interesada de cuyo primer escalón, como se ha visto, Sancho es representante y de los intereses que se esconden tras él. El que Sancho sepa el *Christus* y desconozca las letras podría ser consecuencia de un proceso de (an)alfabetización controlado - con sus causas, agentes y modos de realización- por temor a fisuras en el sistema que ocasionasen una posible crisis religiosa como la experimentada en otros países del norte de Europa. A este respecto Viñao destaca no ya el peso del analfabetismo en la sociedad sino del proceso de alfabetización en aras de una ideología que encuentra coincidencias en el caso de Sancho y el argumento desarrollado en estas páginas: “Lo relevante era no ya el analfabetismo, sino la alfabetización como proceso, la identificación de *los intereses y bases ideológicas que lo motivaban y legitimaban, de los agentes que lo impulsaban o frenaban, de sus modos y procedimientos*” (énfasis mío, Viñao 1998, 154). En este sentido, el aspecto a destacar con respecto a Sancho no es su analfabetismo sino su participación en la alfabetización como proceso impuesto por un determinado sector de la sociedad con unos claros intereses motivados por una ideología que al mismo tiempo legitima su uso. En dicho proceso el cura se convierte en agente impulsor de la doctrina que vela por la aplicación de esos mismos “modos y procedimientos” que dictaban la ideología política y religiosa de la época. El hecho de que la alfabetización se convirtiera en elemento clave de la agenda político-religiosa se observa en las nuevas prácticas

de los interrogatorios llevados a cabo por el tribunal de la Inquisición. De hecho, con el auge de las guerras de religión en Francia (1562-1598) y los levantamientos y sublevaciones en Flandes (1568), el Tribunal, como parte de sus interrogatorios, comenzó a añadir a su lista de preguntas a los acusados cómo estos habían aprendido a leer y escribir.¹⁴ Como Nalle nos recuerda:

The primary goal of the Castilian Inquisition, originally established in 1478 to punish crypto-Judaizers, shifted during the latter half of the sixteenth century to preventing the spread of Protestantism among the majority population of Old Christians. In practical terms this meant censoring books and speech, *and ensuring that the church's indoctrination programmes were taking hold among the people.* (Énfasis mío, 73)

Los programas de adoctrinamiento a los que hace referencia Nalle encuentran su parangón en la novela de Cervantes en la figura del cura. Todo lector de la novela conoce su relevante papel durante el desarrollo del episodio del escrutinio de la biblioteca de don Quijote. Son más que obvias las consecuentes conexiones del episodio con la labor instigadora de la Inquisición a la hora de velar por el cumplimiento de la ortodoxia.¹⁵ Así pues, de la misma manera que el cura censuraba libros y discursos nocivos que pudieran ir en contra de los dictados de la fe de la época, también desempeñó un papel clave en el cumplimiento de los programas de adoctrinamiento.

Es más, a la censura de obras nocivas, escenificada en el episodio del escrutinio y cuyo agente principal era, como se ha visto, la figura del cura, se añadía otra preocupación, la de saber que dichas lecturas se estuviesen llevando a cabo a pesar de la censura sin ser capaces realmente de controlar ni siquiera los libros de materia religiosa y su consecuente libre interpretación.¹⁶ Los intentos de control de la enseñanza de las primeras letras se recogen, por ejemplo, en el Sínodo de Cartagena celebrado en 1590 con especial mención de las novelas de caballerías:

Ningún maestro ponga estudio de gramática o escuelas de niños en nuestro obispado sin que primero sea examinado por nos o por persona que para ello deputáramos, de su virtud, sciencia y doctrina cristiana [...] otro sí mandamos que los dichos maestros que tuvieran nuestra licencia que tengan mucho cuidado de la virtud, recogimiento y estudio de los niños y moços, que estuvieran a su cargo [...] no les consientan cantar cantares deshonestos, ni leer ni estudiar en libros deshonestos, profanos o de caballerías que son en gran manera destruyción de sus costumbres. (Citado en Bartolomé Martínez, 40)

Tras casi un siglo de expansión a principios del siglo XVII la lectura comenzó a verse como una seria amenaza frente a la salud moral y religiosa del país:¹⁷ “towards the end of the century some writers began to voice the opinion that reading, even under controlled circumstances, could lead to heresy: therefore it was better to be an illiterate, but orthodox peasant” (Nalle, 92). De hecho, hasta ese momento no se había cuestionado el papel que la alfabetización tenía en este proceso,

¹⁴ En este sentido, este tipo de textos legales se han convertido en fuentes esenciales a la hora de analizar la alfabetización.

¹⁵ Véase el excelente artículo de Georgina Dopico Black.

¹⁶ “In 1573 the Inquisition banned all books of hours in Spanish on the grounds that they spread the Scripture in the vernacular. Yet, judging by the bookseller Rodríguez’s offerings in 1581, the ban did nothing to reduce the general popularity of religious books.” (Nalle, 92)

¹⁷ Véase el trabajo de B. W. Ife *Reading and Fiction in Golden Age Spain*.

hecho que sin duda comenzaría a cambiar a finales del siglo XVI. Había que frenar el avance de la alfabetización a la que se había sometido el país en décadas anteriores resultado de la campaña impulsada por el Cardenal Cisneros en materia de educación.¹⁸ Paulatinamente se produjo un cambio de actitud de los sectores más favorecidos hacia los sectores menos favorecidos representados en la novela en la persona de Sancho –“labrador [...] “hombre de bien [...] pobre” (I, 7)– en materia de educación. Como recuerda Kagan, algunos escritores ante la decadencia económica en la que comenzaba a sumergirse el país comenzaron a achacar sus causas a la excesiva educación que había hecho que en buena medida el español medio rehusara el trabajo manual:

Sostenían que la educación sólo servía para fomentar en los jóvenes el abandono del campo y los talleres para dedicarse a otras actividades menos productivas económicamente, en particular las eclesiásticas. Saavedra Fajardo, escritor político del reinado de Felipe IV, sostenía incluso que la educación mermaba las defensas de la nación, porque debilitaba la voluntad del hombre y corrompía el espíritu. Cuanto más ignorante el pueblo, escribía, más fuerte es el gobernante. (63)

Ante estas aciagas y poco prometedoras circunstancias, campesinos como Sancho, sin dinero ni tiempo para dedicarse al estudio, permanecieron casi analfabetos durante décadas. No debe desdeñarse, sin embargo, que en muchos casos el mismo campesinado no pareció demostrar interés por la alfabetización. Ya se ha visto como Sancho no oculta ni tampoco se avergüenza de su analfabetismo, lo que debía verse como algo normal en buena parte de la población rural. De hecho, el campesinado consideraba la educación como un lujo y como una pérdida de tiempo con pocos beneficios a la vista. Resultaban por tanto más rentables las labores del campo que las horas en la escuela “por lo demás, incluso si un campesino se las arreglaba para aprender a leer y escribir, las posibilidades de mejorar su riqueza, dada la realidad económica y social de la vida rural, dependía menos de estos conocimientos que de su ambición y tesón” (Kagan 68). Esta actitud del campesinado hacia la educación se vio agravada con la ya mencionada carencia de escuelas y maestros rurales lo que condujo a la casi completa marginación de la figura del campesino en la época de Cervantes. Sus posibilidades de medro social a través de la educación eran inexistentes y el acceso a la educación superior, una utopía:

El campesino se mantenía como una figura aislada, apartado, por su pobreza e ignorancia, del mundo urbano y culto. En soledad, podía mantener supersticiones, creencias mágicas, mitos y una tradición oral que había pasado de moda hacía tiempo en los círculos más cultos. Indudablemente, esta figura representaba para los educados y los ricos, un personaje pintoresco y aun, desde su punto de vista, algo raro. (Kagan, 68)

A estas alturas no es de extrañar que a Sancho no le importara saber el abecé para ser gobernador, le bastaba únicamente ser buen cristiano y tener el *Christus* en la memoria, aquello para lo que únicamente parecía estar programado: “Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno” (II, 234).

¹⁸ El cardenal Cisneros inició un movimiento en favor de la enseñanza primaria en el siglo XVI que decrecería en el siglo XVII, cuando la lectura y sus efectos se habían comenzado a ver como nocivos.

Conclusión

Como se ha comprobado en las páginas anteriores, la mención de la cartilla del *Christus* contribuye al desarrollo de ideas pertinentes al contexto pedagógico y a las controversias doctrinales de la época, así como otros aspectos relacionados con el proceso de iniciación a la lectura y a la alfabetización desde el punto de vista de la memorización visual y oral, representadas en el personaje de Sancho. A diferencia de otros países en Europa, donde se favoreció la lectura individual de la Biblia, los catecismos y las doctrinas cristianas, en España las circunstancias fueron muy diferentes en gran parte como consecuencia de los métodos, herramientas y el control del adoctrinamiento y el proselitismo de la Iglesia católica desde temprana edad. Como recuerda Viñao, la enseñanza del catecismo y la doctrina en España podría haber favorecido la expansión de la alfabetización, pero no fue así por permanecer confinada dentro de los límites de la cultura oral y la memorización (1990, 582).¹⁹

La vigencia histórica de este sistema de catequización durante más de dos siglos es prueba de su efectividad como forma de adoctrinamiento en manos de las autoridades eclesiásticas. Efectivamente, el uso de este tipo de cartillas perduraría hasta bien entrado el siglo XVIII cuando pensadores de la Ilustración como el escritor satírico León de Arroyal en 1797 denunciaba en *Los Disthicos de Catón con escolios de Erasmo* la falta de eficacia de la cartilla de Valladolid para enseñar a leer con estas palabras con las que finalizo este estudio: “La cartilla que llaman de Valladolid, y un librote, que no sé por qué intitulan *Catón Christiano* [...] son imperfectísimos para enseñar a leer, y mucho más para empezar a desenvolver el entendimiento.”²⁰

¹⁹ “Therefore, rather than involving reading and writing, the tools of religious indoctrination, proselytism, and control were either oral (catechesis, preaching, confession, sporadic missionary activity, music, spiritual guidelines for individuals and families) or visual (images, processions, liturgical practices, rites, ornaments, the organization and use of space in places of worship and other sacred sites)” (Viñao 1990, 583).

²⁰ Sin número de página. León de Arroyal *Los Disthicos de Catón con escolios de Erasmo*. Madrid: Gerónimo Ortega, 1797.

Obras citadas

- Arroyal, León de. *Los Disthiscos de Catón con escolios de Erasmo*. Madrid: Gerónimo Ortega, 1797.
- Barbagallo, Antonio. "Sancho no es, se hace." *Cervantes* 15.1 (1995): 46-59.
- Bartolomé Martínez, Bernabé. "Valores didácticos de las Artes de leer y Doctrinas hispanas de los siglos XVII y XVIII." *De las primeras letras. Cartillas españolas para enseñar a leer del siglo XVII y XVIII*. Ed. Víctor Infantes y Ana Martínez Pereira. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2003. 31-48.
- Bennassar, Bartolomé. "Las resistencias mentales." *Orígenes del atraso económico español*. Barcelona: Ariel, 1985. 147-163.
- Berrio Martín-Retortillo, Pilar. "Simplicidad, ingenuidad y temperamentalidad en el lenguaje de Sancho." *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas* (1990): 501-510.
- Bouza Álvarez, Carlos. *Communication, Knowledge, and Memory*. Philadelphia: U of Pennsylvania P, 2004.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Crítica, 1998.
- Chevalier, Maxime. "Sancho Panza y la cultura escrita." *Studies in Honor of Bruce W. Wardropper*. Newark: Juan de la Cuesta, 1989. 67-73.
- Cipolla, Carlo. *Literacy and Development in the West*. London: Penguin, 1969.
- Closa Farrés, Josep. "Erasmismo e ilustración en la segunda mitad del siglo XVIII. Del *Catón cristiano* a los *Disticha Catonis* por D. León de Arroyal." *III Colloqui d'Historia de la Educació. Educación e Ilustración en España*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1984. 54-66.
- Close, Anthony. "Sancho Panza: Wise Fool." *Modern Language Review* 68 (1973): 344-357.
- Dopico Black, Georgina. "Canons Afire: Libraries, Books, and Bodies." *Cervantes' Don Quixote: A Casebook*. Oxford: Oxford UP, 2005. 95-123.
- Douclos, Cory. "A Squire's Schooling: The Education of Sancho Panza." *Confluencia* 30.3 (2015): 69-85.
- Eisenstein, Elizabeth. "Some Conjectures about the Impact of Printing on Western Society and Thought: a Preliminary Report." *Journal of Modern History* 40.1 (1968): 1-56.
- Flores, Robert. "Sancho's Fabrications: A Mirror of the Development of his Imagination." *Hispanic Review* 38.2 (1970): 174-182.
- García, William. "La educación de Sancho." *Revista de Estudios Hispánicos* 3.2 (1969): 257-263.
- Graff, Harvey J. *Literacy and Social Development in the West*. Cambridge: Cambridge UP, 1981.
- . "On Literacy in the Renaissance: Review and Reflections." *History of Education* 12.2 (1983): 69-85.
- Hendrix, William S. "Sancho Panza and the Comic Types of the Sixteenth Century." *Homenaje a Menéndez Pidal*. 3 vols (1925): II, 485-94.
- Ife, Barry. *Reading and Fiction in Golden-Age Spain*. Cambridge: Cambridge UP, 1985.
- Infantes, Víctor. "De la cartilla al libro." *Bulletin Hispanique* 97.1 (1995): 33-66.
- . *De las primeras letras. Cartillas españolas para enseñar a leer de los siglos XV y XVI*. Salamanca: Ediciones Salamanca, 1998.
- Kagan, Richard. *Universidad y sociedad en la España moderna*. Madrid: Tecnos, 1981.

- Márquez Villanueva, Francisco. "Sobre la génesis literaria de Sancho Panza." *Anales Cervantinos* 7 (1958): 123-155.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Estudios Cervantinos*. Buenos Aires: Editora y Distribuidora del Plata, 1947.
- Molho, Mauricio. "Raíz folclórica de Sancho Panza." *Cervantes: Raíces folklóricas*. Madrid: Gredos, 1976. 217-355.
- Moll, Jaime. *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVII*. Madrid: Arco, 1994.
- Moner, Michel. "Técnicas del arte verbal y oralidad residual en los textos cervantinos." *Edad de Oro* 7 (1988): 119-28.
- Moreno García, Juan Manuel. *Historia de la educación*. Madrid: Paraninfo, 1991.
- Morón Arroyo, Ciriaco. "Ver, oír: Sancho sentido." *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas* (1990): 335-346.
- Nalle, Sara. "Literacy and Culture in Early Modern Castile." *Past and Present* 125 (1989): 65-96.
- Ong, Walter. *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*. London: Rutledge, 1982.
- Oelschläger, Víctor. "Quixotessence." *Quaderni Ibero-Americani* 4.27 (1961): 143-157.
- Ramírez Santacruz, Francisco. "Sancho: los 'Panzas', la boca y el habla." *Don Quijote desde América (2ª parte)*. Eds. Ignacio Arellano, Duilio Ayalamacedo y James Iffland. New York: Idea, 2016. 287-298.
- Resines, Luis. *Historia de la catequesis en Valladolid*. Valladolid: Arzobispado de Valladolid, 1994.
- Ricard, Robert. "Los vestigios de predicación contemporánea en el *Quijote*." *Estudios de literatura religiosa española*. Madrid: Gredos, 1964. 264-278.
- Rodríguez Moñino, Antonio. *Diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (s. XVI)*. Madrid: Castalia, 1970.
- Urbina, Eduardo. *El sin par Sancho Panza: parodia y creación*. Barcelona: Anthropos, 1991.
- Vega Carpio, Lope de. *San Diego de Alcalá*. Ed. Thomas E. Case. Kassel: Reichenberger, 1988.
- Viñao Frago, Antonio. "Del analfabetismo a la alfabetización. Análisis de una mutación antropológica e historiográfica." *Historia de la educación* 3 (1989): 151-189.
- . "The History of Literacy in Spain: Evolution, Traits, and Questions." *History of Education Quarterly* 30.4 (1990): 573-599.
- . "Alfabetización, lectura y escritura en el Antiguo Régimen (siglos XVI-XVIII)." *Leer y escribir en España: doscientos años de alfabetización*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992. 45-68.
- . "Aprender a leer en el Antiguo Régimen: cartillas, silabarios y catones." *Historia ilustrada del libro escolar en España. Del Antiguo Régimen a la Segunda República*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997. 149-192.
- Zumthor, Paul. *La letra y la voz*. Madrid: Cátedra, 1989.